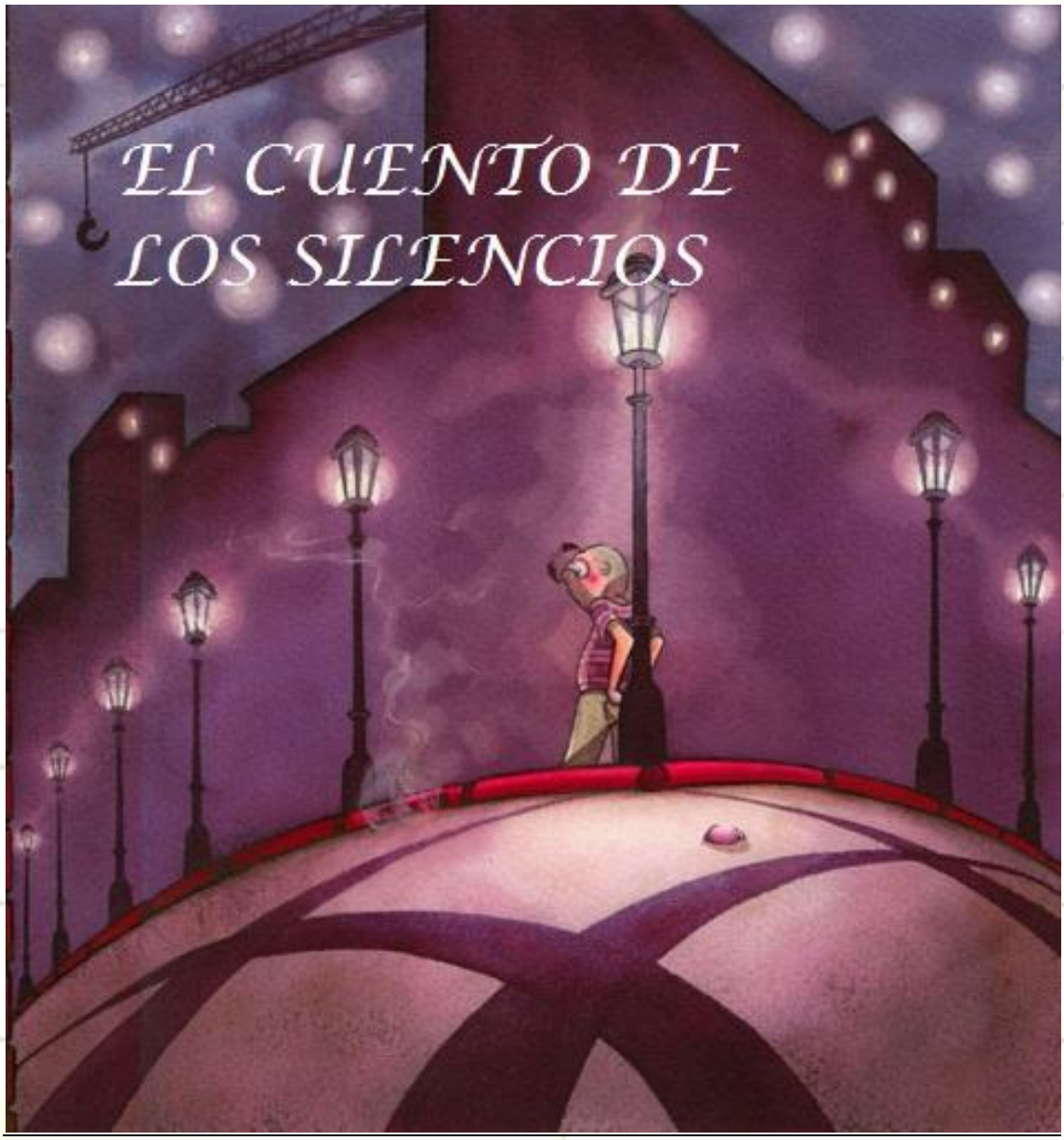


ESCRITORA: SILVIA PAZOS HERMIDA

ILUSTRADOR: RODRIGO CHAO BLANCO

EDITORIAL: BAÍA EDICIÓNS (www.baiaedicions.net)

La Ciudad de las Quintas es una villa redonda, como un disco. Está separada en barrios, como las porciones de una tarta, y todas las calles acaban en la Plaza Mayor. Allí está el ayuntamiento, donde vive la alcaldesa, Armonía.

Los más viejos dicen que Armonía gobierna desde siempre, la gente no entiende como puede vivir tanto, por eso se dice que es una diosa, de la que ya hablaban los libros hace más de dos mil años.

Las calles tienen cuatro carriles, y en vez de coches, hay notas, que circulan por ellas, siempre muy atentas a las indicaciones de las claves y los compases, colocados al principio de las vías.

Y por supuesto, aquí también vive gente, los Quintianos, que son todos músicos. Es decir, trabajan en oficios normales, pero también tienen un oído maravilloso y unas enormes orejas.

Son personas que sonríen a menudo, porque cuando están preocupadas suelen cantar o tocar, que lo hacen muy bien, o si no, escuchan música, que a todos les encanta.

Que vamos, que en esta ciudad, no se vive mal.

Pero un día nació un niño sordo, no tenía nada de malo, a pesar de que sus orejas eran muy pequeñas y sus ojos muy grandes. No obstante a los habitantes de la villa, la sordera les pareció algo tan terrible, que decidieron ignorar al chico. ÉL crecía convencido de que era invisible, porque nadie le prestaba atención, y por supuesto, nadie le hablaba…. Total, para qué.

Así que, desde que aprendió a andar, cogió la costumbre de recorrer la ciudad entera. En el fondo, la gente sabía que se llamaba Lud. Conocía todos los barrios, a todos los Quintianos, y sobre todo conocía el nombre de todas las notas, le encantaban, y a veces estaba horas enteras mirándolas pasar.

Pero un día fue a la Plaza Mayor justo cuando la alcaldesa, Armonía, salía del ayuntamiento. Él se extrañó mucho porque no la conocía, pero sobre todo se sorprendió de que ella lo estuviese mirando. Armonía podía verlo, entonces… no era invisible, y se marchó corriendo porque sintió mucha vergüenza.

Desde ese día la alcaldesa empezó a enfermar, y los Quintianos estaban inquietos. Ya no ignoraban a Lud, pero ahora lo miraban con desconfianza. Por eso el niño se escondía, y lo único que hacía era mirar pasar las notas, acercándose demasiado a ellas.

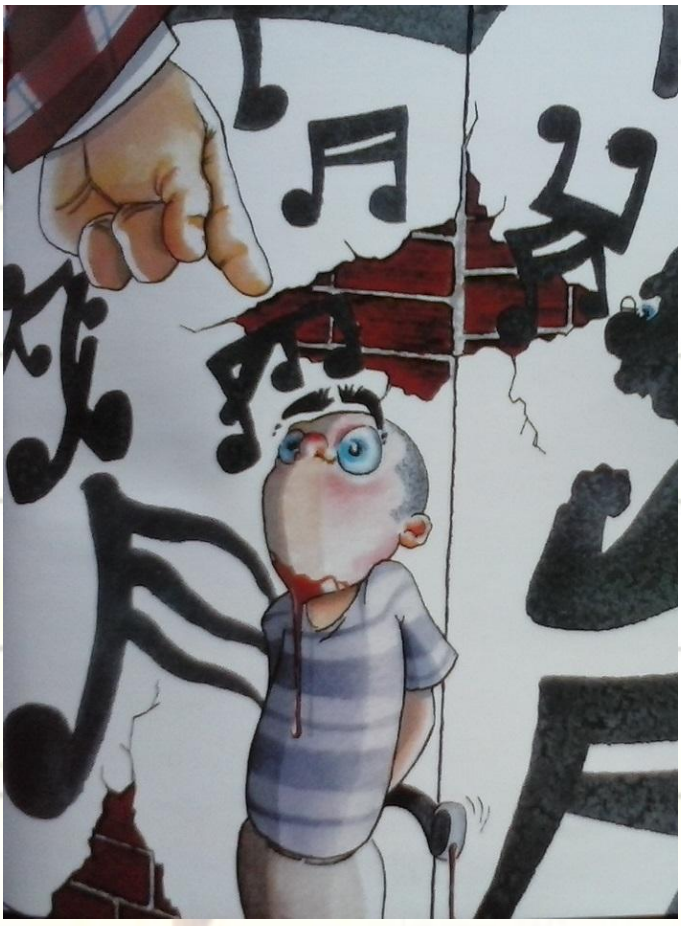
La música de las radios cada día estaba más alta, y sabía a menos, y encima, sonaba peor.

Así que los Quintianos ya no sonreían, y empezaron a culpar a Lud del mal de la alcaldesa, olvidando su propia culpa. Entonces el niño ya casi no se dejaba ver, andaba por las sombras, siempre de noche, y se puso muy pálido.

La Ciudad de las Quintas se volvió una villa desagradable, las notas lo ocupaban todo, el volumen de la música no permitía que la gente se escuchase entre sí, y los Quintianos se pasaban el día entero tocando…. Y encima, tocando muy mal.

Los únicos que se daban cuenta de esto, eran Lud y la alcaldesa, pero armonía estaba muriéndose, y el chico había cogido una fea costumbre; cogía las notas y les chupaba el jugo, era lo único que lo hacía sentir bien.

Una noche los Quintianos pusieron las radios tan altas que no podían dormir, se sentían muy mal, y sin pensar en el por qué de su malestar, salieron a las calles, buscando a Lud. Para desgracia del niño, lo encontraron sorbiéndole los fluidos a una corchea y esa fue la prueba que andaban buscando.



Rodearon al aterrorizado niño, y justo cuando se iban a echar encima de él, Armonía se murió.

Entonces la música empezó a sonar tan alta y estridente, que los Quintianos tuvieron que llevarse las manos a las orejas para proteger sus sensibles tímpanos que estaban a punto de reventar.

Al mismo tiempo, Lud notó como la música que había comido se le revolvía en el estómago, y la acabó vomitando; pero en realidad, lo que salió de su boca fue un pequeño rectángulo negro, alrededor del cual sólo había silencio.

Los Quintianos, aliviados, sintieron por primera vez la total ausencia de sonido…. Y les gustó.

Lud, sin querer, había creado un nuevo elemento para la música, que ya no sólo tendría notas y compases, sino que también tendría pausas: los silencios.

La gente miró al niño con admiración y simpatía, y él se sintió bien por primera vez en mucho tiempo.

Entonces decidieron reconstruir la ciudad, limpiaron las notas que sobraban e inventaron otras melodías. En ellas, Lud buscaba los lugares más apropiados

para colocar sus rectángulos negros, allí las notas tenían que parar, y todo sonaba mucho mejor, con una curiosa belleza nueva.

Un día llegó a la villa una mujer que también se llamaba Armonía, aún más interesante que la anterior, y a la que todos reconocieron como la nueva alcaldesa.

Así la ciudad estaba completa, y nadie sintió nostalgia de la antigua villa, porque ahora todos los Quintianos sonreían a menudo…. Todos: incluido Lud.

SILENCIO…..